

LA FIDELIDAD DE SANTO TOMAS DE AQUINO

(En el VII Centenario de su muerte)

AGUSTIN M. MARTINEZ, Agustino

Llamar a Santo Tomás de Aquino "Doctor Angelicus,, sin duda refleja una dimensión moral y espiritual del sabio monje, asaz trascendental. No obstante, tiene el riesgo de sublimar tanto la personalidad del ilustre dominico, que pareciera conllevar su especulación metafísica a esferas inalcanzables para el común de los mortales. Fuera de opacar la estatura simplemente humana en que debió gemir su mortalidad existencial. Porque si bien es cierto que mucho convivió y gozó la experiencia de Dios, no es menos verdadero que también lo sobrecogió la dura experiencia humana.

Cuando la dureza del vivir se nos hace patente, y cuando esta patencia es recogida por inteligencia clara y potente, el hombre desborda su experiencia, trasciende tiempo y vida, para dar paso a un recado luminoso del Ser. Es entonces cuando en la sabiduría se sostiene el peso vital; y las decisiones en favor de **lo que es** son definitivas e inmutables, no rara vez desafiando, por ésto, dolor sobre dolor. Por algo fue escrito: "Certamen forte dedit illi, ut vinceret, et sciret, quoniam omnium potentior est sapientia.. Y le dio a pelear duro combate, para que **venciese**, y supiese que de todas las cosas la más poderosa es la sabiduría". (Lib. de la Sabiduría, Cap. 10, v. 12).

1.—Es que el aquitense nació con el instinto del ser, de la verdad. Con una excepcional intuición fortificante y fortificada, sobre el valor y la necesidad de nuestra incondicional rendición al Ser, por quien **son todos los entes que son**. Un Ser, una Verdad, no abstracta y fría, no estática y "raciocinada", sino que un Ser, una Verdad, poseídos y amados en la tienda interior del hombre infinito que nos reclama y nos impele hacia una

meta sin fin. O como dirá en nuestro tiempo un fiel discípulo del **Doctor Communis**: "Una Verdad de la cual no nos servimos, sino una Verdad a la cual servir" (J. Maritain, *Les Degrés du Savoir*, Chap. I). Que cuando con tal privilegio se es bendecido, ya la existencia vacía queda de su nada, de su angustia, de su muerte, para quedar pletórica de ese Ser por quien tanto tiempo ha venido preguntando Martín Heidegger. Y maravillosa fue la breve vida de Tomás de Aquino, tanto por su abundante cuestionar sobre el Ser, como por el constante, y a veces doloroso, examen que debió rendir de su fidelidad a la verdad.

Prueba de esto último: que su existencia está jalonada de tesonera lucha. Desde que en abril de 1243, a los dieciocho años de edad, tomaba el hábito de los Hermanos Predicadores, se desata contra él la tempestad familiar. Huidas a Roma, luego a la Toscana, en seguida encerrado por sus hermanos en el Castillo de Santi Giovanni, en connivencia con el Emperador Federico II... Y todo, porque los Condes de Aquino, su padre Landulfo, tenían puestas sus miradas y ambiciones en el joven Tomás para lograr altos designios políticos y terrenos: hacer de él, por lo menos un Abad del célebre monasterio benedictino de Monte Cassino, de poderoso influjo en la vida política y social de la Italia de entonces. Pero fueron empeños inútiles: él ya sabía la verdad de su existencia, y tenía que ser hasta la muerte fiel a esa verdad. Tendrá que vivir su verdad en la pobreza, la obediencia, la contemplación intelectual. Y cuando ya sea adulto, convertido a los cuarenta años en ejemplar maestro universitario y Teólogo del Papado, y cuando le toque andar, entre 1261 y 1264, de ciudad en ciudad, dos veces más será desafiada la verdad de su existencia: Los Papas Urbano IV y Clemente IV, le ofrecerán el Arzobispado de Nápoles, la Abadía de Monte Cassino, y hasta le concederían el privilegio de no dejar de llevar sus hábitos de monje dominico... Pero, no. Que el ser, la verdad, lo que es, son uno solo, lo mismo para la inteligencia como para la vida diaria.

2.—Muy duro le será también su andar universitario. Su graduación de Maestro le venía siendo postergada en la Universidad de París, por las contiendas doctrinales e interesadas entre religiosos mendicantes y miembros del clero secular. Sólo a los treinta y un años, en 1256, juntamente con su amigo el franciscano San Buenaventura, podía rendir su disertación pública. Con esta clase magistral, se abrían para "il buon frate Tomasso"—como lo llama cariñosamente el Dante, en **II Convivio**—, excelentes perspectivas como catedrático y autor; pero también entraba a nuevas formas de dolor vivo, del que suelen inundarse también las Universidades, como que por hombres habitadas. Intrigas, celos no reprimidos, desconfianza, serán sus enemigos has-

ta más allá de su muerte. Un testigo de la época, cuando las borrascas parisienses contra Tomás en 1270, por desconfianza en su doctrina, llega hasta decir que el pobre Tomás frente a sus émulos y jueces, "fuit quasi solus", estuvo prácticamente solo. Y tanta oposición y contrariedad debió sufrir este pensador, de quien suele olvidarse su aspecto humano y de varón adolorido, que en 1272 sus Superiores se ven como obligados a trasladarlo a Italia, no obstante el reclamo de unos pocos fieles seguidores suyos de la Facultad de Artes, de París. Y aún después de su muerte, dos condenaciones removían sus huesos: una en París, y otra en Oxford, esta última dirigida y estimulada por un hermano de su misma Orden religiosa. Y en víspera de una tercera condenación estaba su memoria, cuando la enérgica intervención de la Santa Sede puso fin a toda maledicencia.

3.—Fidelidad a la verdad para su existencia. Fidelidad a la verdad para su inteligencia. Siempre fidelidad insobornable al ser, visto y arrullado en la contemplación interior, sostenida con oración, lágrimas y estudios. Porque Tomás no adentró en las tiendas del ser como un analista va a un cadáver. Porque él no fue, arrellenado y engreído, a una simple "investigación científica". El iba al ser como acostumbrado habitante en la **fuentes originaria**, que dirá Martín Heidegger; y trepitante como que ante el Ser se hincaba, y su meditación metafísica era como un santo enjuiciar los entes desde su lejanía o aproximación del Ser Infinito. En su trato tenía metafísica nobleza, porque su espíritu era como nacido para reverenciar la dignidad y nobleza que esconde el ser de los entes por gracia y amor del Ser Absoluto. No en vano escribía él: "Casi toda la investigación filosófica tiene por fin el conocimiento de Dios" (Contra Gentes, L. I, cap. 4). Y a esta feliz contemplación del ser en el Ser entregaba largas horas, de día y de noche; y si de algún otro negocio exterior habría que ocuparse, esto lo hacía solamente inducido por la fuerza de la caridad, pero advirtiéndolo: "Tamen nolo hoc sit perpetuo, sed solum ad tempus" (Expositio in Cant. Canticorum, Cap. VIII, in finem). Fiel eco de la convicción de su maestro, Agustín de Hipona: "Mientras el amor al prójimo nos lleva a aceptar justas ocupaciones exteriores, nuestro amor a la verdad nos urge al santo ocio para el espíritu". Como si la estancia en las bodegas interiores, cara al Ser, fuese la más conatural morada de la profunda humanidad del hombre pensador.

4.—Pero al ser hay que captarlo —o capturarlo— fielmente también. Y en este caso, tal fidelidad es lealtad para con la realidad. Ya desde su obra juvenil, **De Ente et Essentia**, nos pone sobre aviso sobre la necesidad de que nuestra contemplación interior arranque desde el mundo de las substancias compuestas hasta llegar posteriormente a las más simples; que no

en vano el cuerpo humano está al servicio del espíritu en este estado terrestre de unión substancial, y no en vano la metafísica pasa por instancias previas, las ciencias de la naturaleza. Es su visión del desarrollo histórico del saber filosófico que se complace varias veces en describir (Cf. *Summa Theol.*, I, q. 44, art. 2, in corp.; *De Potentia*, q. 3, art. 5; *In Physis*. VIII, Lect. 2, núm. 97 5), y es su integridad de intelectual riguroso que con gran fe y confianza deja preguntar al intelecto después que fueron preguntados los sentidos, "**secundum ordinem cognitionis humanae**". En este sentido, es admirable ejemplo de este caminar seguro y tranquilo, la maravillosa arquitectura de esa catedral del espíritu medieval que es la *Suma Teológica*, donde con rigurosa investigación y ordenamiento se suceden 3 Partes, 38 Tratados, 631 Cuestiones, 300 Artículos y 10.000 Objeciones con sus respectivas respuestas.

5.—Mas, no es esta fidelidad a la verdad para un simple y egoísta saberla y poseerla. Su misma belleza, y el mismo embellecimiento que bondadosa deja en el alma, induce a mostrarla, a proclamarla, cual alimento y luz para todos. Y siendo su centro de meditación filosófica, el Ser Infinito, entonces para él era una exigencia de los resultados de esa contemplación, tener que entregarlos a los demás para una mejor posesión de Dios por el intelecto de los hombres. De aquí derivaba la exigencia del apostolado intelectual, la forma más noble y elevada de servicio al hombre. *Contemplata aliis tradere*, Entregar a los demás lo contemplado, resume Tomás la esencialidad del apostolado intelectual (*Summa Theol.*, II-II, q. 188, artículos 6 y 7; Cf. *In III Sentent.*, dist. 35, q. 1, a. 1, ad 5). Y esta fidelidad al apostolado intelectual, no es para que los hombres simplemente conozcan al Ser Infinito, sino para se realicen "siendo-en-el-Ser-Infinito", **Ut in Deo sit**, (*Summa Theol.* II-II, q. 25, a. 1). La fidelidad al Ser, lleva a la fidelidad al apostolado intelectual; y esta fidelidad impone la fidelidad, al entregar lo habido en la contemplación, a darlo todo "**intuitu Dei**" (II-II, q. 188, art. 2, ad 1).

6.—Si hay tarea más reñida con la división del espíritu al través del torbellino de los negocios exteriores, es la tarea intelectual. Sobre todo la del metafísico. Por eso Tomás descendía de la cima de la contemplación, a los negocios de los hombres, al igual que San Agustín, solamente impulsado por la "*necessitas caritatis*", anhelando regresar pronto "al ocio santo que exige el amor a la verdad" (Cf. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Lib. 19, Cap. 19; Cf. Santo Tomás, *Summa Theol.* II-II, q. 185, arts. 1 y 2; y q. 182, a. 1, ad 3).

Porque es en el silencio de los sentidos, en el cese de todo ruido, donde se escucha el suave murmullo del Ser y del ser de los entes. Los seres se desnudan, se "aleteian", en el alma de-

sierta de Tiempo y Mundo. ¿Que no es la contemplación un acercarse por la fascinante eternidad? Sí, en silencio y con pureza hemos de ir a la mansión del Ser. Que no es consejo solamente válido para un religioso el que Tomás daba a un joven estudiante; era una advertencia para todos cuantos piensan tener trato con la Sabiduría, pasear por las praderas y caminos de la Verdad. "Este es mi consejo para tu instrucción: no seas locuaz, más bien habla poco; no abandones la pureza de conciencia, no te excuses de darte a la oración; ama tu celda como lo que más, si quieres ser introducido en la bodega del buen vino. Sé amable con todos. No te inmiscuyas en los asuntos de los demás. No tengas mucha familiaridad, porque ésta suele cimentar el desprecio y la distracción del estudio" (Opusc. LXI, Epist. Exhortatoria ad quendam).

7.—Falta aún otra fidelidad del hombre intelectual. Es la fidelidad y gratitud a quienes en el pasado fueron nuestros amigos y compañeros en este sabroso investigar la verdad. Fidelidad y gratitud que se extiende aún a los que erraron. Tomás escribe al respecto: "Se ayudan los hombres unos a otros en la investigación de la verdad, de doble manera. Directamente, somos ayudados por aquellos que en realidad alcanzaron la verdad: porque, como se ha dicho, mientras cada cual de quienes nos han precedido encontró algo de la verdad, simultáneamente, bien recogido eso en unidad, introduce a las generaciones posteriores al gran conocimiento de la verdad. Pero también se nos ayuda indirectamente, cuando algunos de los que nos han precedido, aún errando en torno a la verdad, dieron ocasión a los venideros investigadores para que, mediante atenta discusión, pudieran ver más limpiamente la verdad, **veritas limpidius appareret**. Por eso es de justicia el que seamos agradecidos con todos aquellos que nos han ayudado en tan gran bien, esto es, en el conocimiento de la verdad... Y todavía más: agradecidos también con aquellos que, no obstante haber hablado superficialmente en la investigación de la verdad, **qui superficialiter locuti sunt ad veritatem investigandam**, y cuyas opiniones por eso mismo no seguimos, en algo contribuyeron al bien de nosotros, al menos poniéndonos en el ejercicio de la investigación de la verdad" (In Metaphys., Lib. II, Lectio I, Núms. 287 y 288).

Una fidelidad. Un agradecimiento a nuestros mayores. Pero no una esclavitud a su autoridad. La razón es libre y soberana para llegar por sí misma hasta los límites de sus alcances. Sin duda es bueno a veces atender a la autoridad de quienes nos precedieron. Pero sin olvidar jamás "que un argumento de autoridad fundado en la razón humana, es debilísimo, **infirmissimus**" (Summa Theol., I, q. I, art. 8, ad 2). Ya que la ciencia, la sabiduría, no se edifican en base a la autoridad de los que han ha-

blado, **propter auctoritatem dicentium**, sino en base a la razón que pueda tener lo que se ha dicho, **propter rationem dictorum**. (Cf. Sup. Boetii Trin., q. II, a. 3).

Sin prejuicios. Sin miedo. Ir a la verdad. No condenar a nadie sin antes haber conocido, investigado, con paciencia, con dignidad, con seriedad científica, con nobleza de alma y honesto espíritu crítico. Ya que en filosofía "no se trata de saber lo que han pensado o dicho los hombres, sino cuál sea la verdad misma" (De Coelo, l. XXII).

8.— Finalmente, hay que saber dudar. Que la fidelidad a la verdad, es también fidelidad al razonable suspenso de la inteligencia ante la problematicidad que se plantea en un mundo inmaterial, donde no rigen ni se dan evidencias matemáticas (In Metaphys., Lib. II, lect. V). Lo importante es dudar bien, esto es, dar bien con aquellas cosas que son dudables, idest bene attingere ad ea quae sunt dubitabilia (Ib., Lib. III, lectio I). No plantearse desde el principio la duda problemática, es hacerse semejante a quien camina sin saber hacia dónde se va. Primero hay que ver la duda: que la solución de la duda es el encuentro con la verdad (Ib. ib. ib.). Y es el mismo respeto que hemos de conservar con quienes nos oyen, o con quienes parecen nuestros adversarios, lo que ha de inducirnos a atender las razones de la duda, a ordenarlas adecuadamente, para saber resolverlas con claridad y honestidad intelectual, a ejemplo de Aristóteles (Cf. ib. ib., n. 343).

9.— Absolutamente nada, en este mundo, puede reemplazar a la meditación del sabio. Esa meditación es el laboratorio obligado donde la humanidad deposita sus esperanzas para la perfección y plenitud de la cultura, las ciencias, las artes. La ausencia del pensar, del meditar, del contemplar profundo, de la "theoria", en suma, ciega y deshumaniza, empobrece y oscurece la marcha del hombre y de su historia. Hace ya muchos años que Ortega lo anotaba y lamentaba. Estamos en tiempos de re-pensamiento del pensamiento. La tecnología pura nos puede hundir, el refinamiento material nos puede asesinar, la exterioridad nos puede aplastar. El volver al Ser, al re-encuentro de los entes según su grado y riqueza de ser, nos permite un saber, para dar con el sentido del universo, con el sentido de la vida, con el sentido de la muerte, con la significación de la historia. Y para que ese retorno del hombre contemporáneo sea seguro y eficaz, a la Patria del Ser, la meditación debe escurrir en los marcos de ejemplar fidelidad de que es perfecto ejemplo este Doctor, luz común para todos los amantes de la verdad. Siendo, por su ejemplo y doctrina, Doctor Común a todo tiempo, es también un Doctor de nuestro tiempo. El "buen Papa" Juan XXIII, podía asegurar en 1961, que las luces de Santo Tomás pueden

dar a los estudiosos de hoy y de mañana, "equilibrio de juicio, profundidad de vista, buen sentido y madurez intelectual. A la luz de sus principios clarificadores podrán ser juzgados, en su justo valor, los vastos movimientos culturales y literarios, las corrientes del pensamiento moderno y los peligros del tecnicismo" (Vid. Acta Apost. Sedis, N° 53, p. 564, Año 1961).